

Hipótesis y propuestas

Las sectas en Venezuela

Pedro Trigo

- * **El fomento de las sectas en nuestros pueblos católicos y oprimidos es un propósito expreso de los sucesivos gobiernos de USA destinado a quebrar la unidad cultural de nuestros pueblos.**
- * **En Latinoamérica el antiimperialismo debe ser una línea cristiana que pase por el fortalecimiento del pueblo.**
- * **Debemos preguntarnos, ante el éxito de las sectas, en qué ha fallado nuestro cristianismo que se ha hecho tan vulnerable.**
- * **La Institución Eclesiástica tiene que transformarse, cambiar sus referencias y así poder proponer la conversión, la ruptura con el orden establecido, creyendo en la fuerza del pueblo.**
- * **Sólo el rescate de la dimensión comunitaria y personalizante de la Iglesia podría ofrecer una alternativa real a la gente que se siente atraída por las sectas.**

UNA PRESENCIA CONTUNDENTE Y AMBIGUA

El punto previo es que las sectas en nuestro país tienen una presencia contundente. No sólo son muchas y muy activas y ruidosas sino que lejos de limitarse a concentrarse masivamente en algunos puntos muy precisos (cosa que también hacen en concurridas y vívidas manifestaciones) están regadas en los cuatro puntos de nuestra geografía e implantadas en los ambientes más carentes de todo servicio. Sus centros de culto son mucho más numerosos que los católicos y sus pastores y servidores superan con creces a la institución eclesial católica, incluyendo en ellas a las religiosas. Su membresía, sobre todo, es activa, incluso aguerida. También sus recursos económicos son abundantes, sin pecar nunca de ostentosos; diríamos que están eficazmente empleados en lo esencial: locales, aparatos de sonido, materiales impresos, viáticos para tantos misioneros itinerantes o más o menos estables.

Así pues, son muchos y en plena expansión. Poseen un aparato organizativo bien aceitado. Pero también, un caudal de vida y expresividad.

Sus insuficiencias resultan también palmarias. Proviene ante todo de su talante fundamentalista y sectario. Entregarse a Cristo conlleva para ellos una verdadera abdicación de la libertad y del entendimiento, y una ruptura con la comunidad humana en general y más en concreto con la solidaridad que nace de la condición de pueblo. Sin embargo de ahí derivan también sus ventajas: aliviados de la penosa tarea de descifrar los signos de los tiempos y hacer justicia a la complejidad de la realidad, y salidos del cuerpo social para concentrarse en una pequeña comunidad, pueden avanzar rápidamente en los limitados aspectos que son tomados en cuenta y nacen muy pronto a unas relaciones intensas y altamente significativas. Naturalmente que en un esquema tan simple una personalidad robusta puede llegar pronto a un techo. Pero ahí vienen los mecanismos de compulsión del fundamentalismo, que por una parte esti-

mula y reconoce pero por otra conmina drásticamente a conservar la fidelidad empeñada.

Desde este primer balance aproximativo expondremos algunas hipótesis y sobre ellas construiremos las proposiciones correspondientes.

LAS SECTAS SON INDUCIDAS POR EL IMPERIALISMO DE USA

Esta primera hipótesis es en realidad una tesis científicamente fundada. En Nuestra América mestiza se viene siguiendo desde hace varios lustros esta política estadounidense, estudiándola desde la ocupación colonialista de Puerto Rico y Filipinas. El fomento de las sectas en nuestros pueblos católicos y oprimidos es un propósito expreso de los sucesivos gobiernos de USA, destinado a quebrar la unidad cultural de nuestros pueblos.

El reconocimiento que está a la base de esta opción es el sustrato católico de los pueblos latinoamericanos. Es decir que nuestros pueblos no serían únicamente masas marginadas del mundo moderno a las que hay que promover a la civilización (esa es la tesis de la Ilustración liberal mantenida en América Latina por las élites desde las tres últimas décadas del siglo XVIII), ni solamente los oprimidos como fuerza de trabajo o como ejército de reserva para la producción o como lumpen (esa es la tesis de la Ilustración socialista que se impone en una parte de la intelectualidad latinoamericana en los años 60). Es cierto que son marginados y explotados; de ahí la pertinencia del esfuerzo de la promoción y las luchas de liberación. Pero si los EE.UU. (además de reforzar las burguesías dependientes para promover hasta cierto punto a las masas y así integrarlas al sistema y evitar o vencer el peligro socialista, si además de su penetración cultural masiva para imponer su dominio ideológico) estimulan a las sectas para que penetren en la matriz cultural del pueblo y lo fragmenten y desmovilicen, es que piensan que en el pueblo hay una identidad cultural, una cultura, no como depósito sino como fuerza activa, y que en el corazón de esa cultura está su

peculiar vivencia del catolicismo. Mucho antes de que Puebla lo reconociera (No. 450) USA había intuido que el cristianismo popular era una fuerza con la que el pueblo se evangeliza a sí mismo, es decir (con todas sus deformaciones y desviaciones) la clave de la autonomía del pueblo. Para robar su alma al pueblo hay que romper ese núcleo ético-mítico. Sólo entonces será posible acabar con la resistencia e instaurar el dominio ideológico, base del control imperialista.

Hay aquí entrañada una valoración del pueblo (las sectas se dirigen casi sólo al pueblo y más particularmente a campesinos y habitantes de barrio, nunca a las clases altas y muy poco a los sectores medios) muy superior a la de nuestras propias élites, incluidas las eclesiásticas.

DISCERNIMIENTO DEL ANTIIMPERIALISMO CATOLICO

Esta constatación indudable impone una opción a nuestra institución eclesiástica. Esta acción del imperialismo estadounidense no es algo aislado y accidental: entronca con su propósito de dominación. Así pues, si los eclesiásticos juzgan que el antiimperialismo es algo de las izquierdas que en definitiva le hace el juego a Moscú, no tienen más remedio que como mal menor tragarse las sectas. Es absolutamente inconsistente vocear un antiimperialismo en este asunto preciso cuando se transige en todo lo demás. Si a través de este caso concreto que los afecta los eclesiásticos abren los ojos a la realidad global, más vale tarde que nunca y no hay mal que por bien no venga. Pero si, mirando sólo los intereses institucionales y no el bien integral del pueblo, se intentan negociaciones por arriba, habremos traicionado a los fundadores del cristianismo latinoamericano, a los pueblos latinoameri-

canos y al Espíritu que nos interpela en los signos de los tiempos. Y además no conseguiremos nada.

En América Latina el antiimperialismo no tiene por qué ser una línea marxista, debe ser mucho más radicalmente una línea latinoamericana y en ella particularmente una línea cristiana.

Es obvio que estamos hablando en sentido estricto de antiimperialismo, no de xenofobia ni de odio contra ninguna persona particular. Incluso el decidido antiimperialismo tiene que pasar por el respeto a tantos misioneros que vienen a nosotros de buena fe, impulsados por sus creencias y que si contribuyen a alienar al pueblo es porque ellos también lo están. La penetración imperialista de las sectas es propósito deliberado de un Estado (los gobiernos de USA y algunas corporaciones) y resultado objetivo del natural deseo de adherentes de una cultura (que se cree superior) de exportarse a regiones inferiores para levantarlas moldeándolas a su imagen y semejanza.

Ahora bien, no hay ninguna posibilidad de antiimperialismo que supere lo retórico que no pase por el fortalecimiento de nuestro propio pueblo. Y ahí está el problema porque uno no sabe si se prefiere dejar las cosas como están antes que dar poder al pueblo; hablando cristianamente, antes de crear cauces institucionales para que se exprese la condición, teológicamente cierta y confesada, de pueblo de Dios. Es lo que tristemente ha evidenciado el sínodo de laicos.

AUTOCRITICA

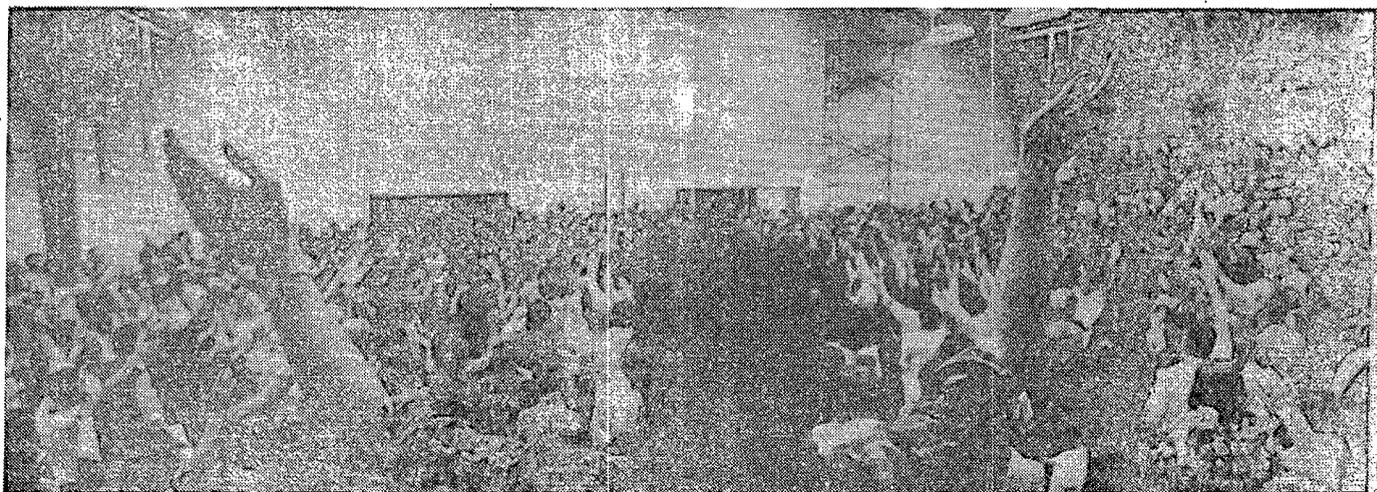
La constatación anterior es cierta, pero no concluyente. Por eso no podemos dejar aquí nuestro análisis. Ahora es cuando empieza propiamente. Porque una cosa es que el imperialismo de USA se haya

propuesto implantar las sectas para romper la unidad del pueblo y desmovilizarlo, y otra que ese empeño haya tenido un éxito tan notable. No todo lo que USA se propone lo logra, ni mucho menos. Así pues, quienes creemos que el catolicismo genuino es capaz de satisfacer los anhelos religiosos de nuestro pueblo, nos tenemos que preguntar en qué ha fallado nuestro cristianismo, que lo ha vuelto tan vulnerable. Si obviamos esta pregunta no somos sino ciegos y guías de ciegos; incapaces de ver la viga en nuestro ojo, denunciamos la paja en el ojo ajeno. Aunque en este caso no sea paja sino otra viga, tenemos también que ser conscientes de la nuestra.

Me voy a referir a dos características de las sectas que están faltando bastante en nuestro catolicismo. Las sectas las realizan de un modo deficiente, incluso alienado. Pero hasta que nosotros no las llevemos a cabo con más plenitud e integridad no tenemos derecho a denunciarlas. Incluso debemos asumirlas como un mal menor que Dios permite como un reto, como una llamada a la conversión.

UN CAMINO DE INICIACION: RIGORISMO Y ALIENACION

Las sectas plantean resuelto, incluso crudamente, un proceso de iniciación. Nadie se pasa a una secta porque le resulta más fácil, porque allí le exijan menos. Todo lo contrario. Las sectas proponen rupturas fuertes y definitivas, no sólo cambio de actitudes sino de hábitos arraigados y de relaciones sociales; piden nada menos que ser una persona nueva. Ponen ante los ojos la situación inicial como de alejamiento de Dios, postración personal e infelicidad. Y proponen directamente reconocer la miseria propia como pecado y entregarse al Señor Jesús para que



él obre la rehabilitación que vuelve a la vida. No se puede robar ni mentir, hay que dominar la sexualidad y encauzarla, no hay que guardar odio ni desprecio en el corazón, hay que usar la lengua para el bien y no para la grosería y la murmuración, hay que amar la paz, trabajar honradamente, amar a los hermanos, hay que guardarse de la ambición y no hacer un ídolo del dinero. A todo esto se compromete uno delante de la comunidad y la comunidad y sus responsables ayudan y exigen para que uno mantenga la palabra empeñada.

¿Quién puede negar que esto es el corazón del cristianismo? ¿Y no es cierto que nada de esto se exige seriamente en nuestro catolicismo? ¿No tenemos que reconocer que el 90% de los católicos y sobre todo de nuestro pueblo nunca ha recibido esta propuesta de un modo personalizado? Entonces ¿es una locura preguntarse si para estas personas no supone un paso adelante en su cristianismo entrar en este proceso en una secta ya que de hecho no pueden hacerlo en la Iglesia católica?

Es sin embargo lamentable que este proceso de iniciación lo lleven a cabo las sectas con tantas estrecheces y deformaciones. Ante todo en el modo, que adolece de fuertes dosis de manipulación, de compulsividad, que inhibe el espíritu crítico y la libertad personal, que desata mecanismos que no raras veces producen fuertes desequilibrios anímicos, que por eso a la larga impide el crecimiento personal y provoca estados fuertes de tristeza inmotivada, de ansiedad, que al ser tratados traumáticamente agudizan el ciclo.

También los contenidos cercenan aspectos importantes del mensaje cristiano. Ante todo la mutilación de bloques enteros de la revelación cristiana y más aún el recortar el misterio como globalidad armónica, como tensión de contrastes, como equilibrio dinámico de multitud de aspectos. Esa figura compleja, internamente diferenciada, integral es la gloria del catolicismo, es ella la que salva al hacer justicia a cada aspecto de la realidad y a su estructuración dinámica. Esto es lo que cae, al decantarse unilateralmente la secta por unos pocos aspectos. De este modo, p. ej. la figura de Dios y de Jesús, excesivamente moralizadas, se vuelven con frecuencia fuente de angustia y aun de desesperación. Al no ocupar un puesto central el misterio de la creación, que Jesús vino a liberar, sanear y consumir, la persona se desvaloriza, lo mismo que la historia como lugar donde actúa el Espíritu. Y así lo que se acentúa en el ser humano es

su extrema labilidad, cómo supura pecado, y el mundo es ante todo lugar de tentaciones y de mal. Este extremo pesimismo, obsesionado por la concupiscencia y el pecado, tiende a encerrar en ese horizonte. Esto se agrava por la reducción liberal de la persona a su condición de individuo. Su ámbito sería la comunidad de los hermanos que participan en la secta. Con los demás, sólo cabe el proselitismo, la prescindencia o el rechazo. La salvación es así un acontecimiento del individuo que se expresa en la conducta individual. El efecto de esta antropología tan poco bíblica e integral es que desmoviliza a las personas llevándolas a aceptar pasivamente el orden establecido y buscando la salvación personal de un modo privado, al margen de cualquier intento colectivo de mejora.

Así pues las sectas contienen una propuesta seria de iniciación, aunque alienada. Esta hipótesis da lugar a una propuesta.

UNA ELECCION PERENTORIA: INICIACION O CRISTIANDAD

La legitimidad cristiana que el proceso de iniciación da a las sectas sólo queda cancelada si nuestra Iglesia católica se aboca drásticamente a este mismo proceso, pero sin sus desviaciones sectarias. Ahora bien no estamos tan seguros de que nuestra institución eclesial dese de verdad pagar el precio que ello implica, que sin embargo paradójicamente es el precio imprescindible para recuperar su libertad evangélica, una libertad que hoy casi no tiene. Expliquémonos.

La Iglesia católica en Venezuela no puede empeñarse en un proceso de iniciación mientras continúe entendiéndose como la representante de la globalidad tal como hoy está estructurada, es decir del orden establecido. Si representa a lo que hoy tiene vigencia, la iniciación sólo puede entenderse como un paso ulterior para los que quieren ir más allá de lo obligatorio. Lo obligatorio sería la actual institucionalización. Representarla significa declarar la cristianamente legítima. Si tal es nuestra situación, pretender que la iniciación sería un requisito que decide la validez de nuestro cristianismo sería algo demoníaco. Ya que afirmar que para ser cristiano hay que emprender un proceso de iniciación significa afirmar que para ser cristiano hay que morir a este orden de existencia para renacer a un modo de existencia y unas relaciones sociales en las que sea posible expresar la condición de hijos de Dios y de hermanos de todos los

hombres empezando por los más pequeños.

Creo que, gracias a Dios, la jerarquía venezolana, hablando generalmente no está ligada al orden establecido en los niveles básicos que lo fundan: no tienen grandes paquetes accionarios en empresas o reservas monetarias en los bancos ni posesiones agrarias o fincas urbanas. Nuestra Iglesia (es su gloria) es pobre. Pero el lazo sutil que la amarra al orden establecido es el autoentenderse como representantes del pueblo venezolano en conexión con los otros que se autotitulan sus representantes, es decir con lo que se llama las fuerzas vivas. De este modo nuestra institución eclesial cumple en nuestro país el papel de ser el alma de un mundo desalmado. Nuestro pueblo cree en la Iglesia; al ver a sus personeros en todos los actos de representación al lado de los otros representantes en los que no cree, se confunde. Los que oprimen al pueblo quedan algo justificados por la junta con las autoridades eclesiales; pero éstas quedan hipotecadas. Mientras los representantes eclesiales aspiren a esta representación según los cauces del orden establecido no sólo no cabe un proceso de iniciación, tampoco cabe evangelizar ya que eso supone proponer una nueva como buena, y como representantes del orden establecido proclaman (sólo por el hecho de serlo) que no se necesita algo nuevo porque este orden ya expresa fundamentalmente la voluntad de Dios.

Esos son no las redes y cadenas sino los lazos sutilísimos de la seda y oro del honor social que impiden que nuestra institución eclesial pueda convertirse en alternativa superadora de las sectas. ¿Estará dispuesta a romperlos? Gracias a Dios sí se ven algunas manifestaciones, incluso trayectorias que van por este camino.

Entiéndasenos bien que no estamos proponiendo que la jerarquía se convierta en cabecilla de una revolución. Nada de eso. Simplemente que (como las sectas) su referencia no sea el Estado sino la sociedad civil. Sin privilegios. Con libertad.

Pero si una institución eclesial pobre no se apoya en la representatividad social dentro de los moldes del Estado (no del gobierno) ¿en qué se apoyará? La respuesta es obvia y tenemos que decirla ingenuamente y con toda el alma: en la fuerza de Dios. Tenemos que poner a prueba nuestra fe. Somos nosotros mismos los que tenemos que entrar en ese proceso de iniciación. Allí encontraremos otra fuerza, nacida también del Espíritu: la



fuerza del pueblo de Dios. Con esto entramos en la tercera hipótesis y proposición.

SECTARIAS, PERO COMUNIDADES

Las sectas, mal que bien, crean comunidad, se autoentienden como comunidades cristianas. Esta figura social es tan contundente que se convierte en sectaria. Pero es. Jesús vivió en comunidad, fundó una comunidad. Eso fue también la Iglesia de Jerusalén. Y, como atestiguan los Hechos de los Apóstoles y las distintas cartas neotestamentarias y corrobora el Apocalipsis, esa es la forma paradigmática, insustituible del cristianismo. Donde no hay comunidad no hay cristianismo. Pues bien, las sectas se configuran como comunidades cristianas. A los actos de culto no asisten individuos aislados que se sientan al lado, meramente yuxtapuestos, y que salen de allí sin conocerse. Todo lo contrario: entregarse al Señor es también indisolublemente entrar en la comunidad de Jesús. Es en la comunidad donde tiene lugar el largo y costoso, aunque alegre, proceso de iniciación. La comunidad conduce de la mano, ella recibe, da lugar, aconseja, alecciona, estimula, reprende, conmina. No es algo exterior a cada cristiano: es la mediadora de la insustituible relación personal con Jesús y con su Espíritu.

En las sectas no hay miembros pasivos. No son masa amorfa. Son un cuerpo en el que cada miembro tiene una función importante, insustituible, porque todos participan del mismo y único Espíritu. De ahí que, siendo diversos, son todos valiosos y fundamentalmente iguales: hermanos.

¿Quién puede dudar de que Dios quiere que la Iglesia de Jesús sea como su propia comunidad intratrinitaria? Nuestro Dios es la comunidad del Padre, del Hijo y el Espíritu. Allí las relaciones constituyen a las personas y las mantienen como iguales en dignidad, diversas y mutuamente referidas en perfecta comunión. Este es el modelo de su Iglesia. Que no es sino el sacramento de la vocación. univer-

sal a que formemos parte de su comunidad. Para eso nos creó Dios en Jesús, para eso envió a Jesús a nuestra comunidad humana y para eso nos envió a su Espíritu, que es el que nos pone en su órbita.

Sin embargo esa no es la figura que ofrece nuestra Iglesia. En ella lo primero que salta a la vista es la separación de clérigos y laicos (primera llaga por la que se desangra nuestra Iglesia según escribió proféticamente hace siglo y medio el gran obispo Rosmini). Nuestros obispos han confesado sencillamente con humildad que nuestro pueblo se siente cristiano pero no Iglesia. Claro, Iglesia son los curas. ¿Cómo convencerlos de lo contrario cuando los curas concentran todos los poderes? Más que proponer ¿a qué otra cosa tiene derecho en la Iglesia el pueblo? Nuestra Iglesia está estructurada como una institución de clérigos que ofrece servicios religiosos a los seglares. Los clérigos son los que producen esos servicios. El pueblo es quien los consume. Unos son activos; otros pasivos. Cuando los clérigos llaman al pueblo (en el mejor de los casos) lo llaman a colaborar en aquellas cosas que se les han ocurrido y han decidido ellos mismos. Al haber pocos curas, los servicios tienen que reducirse al mínimo, lo mismo que los requisitos para recibirlos. Este consumidor ocasional ¿cómo va a convertirse en productor? Y así la brecha entre clérigos y laicos se ahonda cada día más.

Es obvio que las comunidades de las sectas no son modélicas. Ellas distan mucho de estar en camino hacia unas relaciones adultas, horizontales, abiertas. No reluce en ellas la libertad del Espíritu. Es muy fácil observar una gran uniformidad desde el modo de vestir de cada quien hasta el modo de hablar, los temas y las pautas de conducta. Existe un verdadero dominio de los responsables. Una coacción latente que acaba por asfixiar a las personas más sanas y creativas.

Es altamente improbable que de las sectas puedan brotar las comunidades que Dios quiere en su Iglesia. Pero la pregunta que tenemos que respondernos no-

sotros es si estamos dispuestos a asumir la figura comunitaria de la Iglesia de un modo integral. Porque sólo si realizamos plenamente lo que las sectas llevan a cabo alienadamente perderán éstas su legitimidad cristiana.

COMUNIDADES ECLESIALES DE BASE

Esta es, pues, nuestra propuesta: las Comunidades Eclesiales de Base. Una Iglesia de carismas en la que el reconocimiento de la presencia del Espíritu en cada quien para la utilidad común sea no una mera declaración de principios sino una realidad institucional, incluso canónica. Una Iglesia articulada, no un rebaño gregario y amorfo bajo pastores abnegados y paternales. Una Iglesia de hermanos en la que cada quien tiene su servicio, su palabra, su aporte, su función.

Actualmente la mayoría de los católicos, sobre todo de los campos y de los barrios, mantienen un contacto ocasional con la institución eclesiástica: reciben algún servicio religioso sin apenas preparación y sobre todo que lo reciben, no lo producen. ¿Qué cauces ofrece nuestra Iglesia para que expresen su sentido religioso? ¿Decir amén de vez en cuando? Uno va a un barrio o un caserío y se consigue con capillas de las sectas que están ahí y que son servidas por gente de ahí. Son la propia gente la que se expresa cotidianamente. Mientras la Iglesia sea del cura o incluso de la hermana no hay ninguna alternativa que ofrecer. Mientras no confíemos en los cristianos. Mientras lo único que sepamos es clericalizarlos para medio confiarles algún pequeño encargo como mera extensión provisional de la propia autoridad y de la propia persona. Mientras no reconozcamos con los hechos que los laicos son cristianos no por concesión nuestra sino por la gracia de Dios (como decía la primera respuesta de un catecismo de antaño). Mientras no demos carta de ciudadanía a la creatividad religiosa de los cristianos de a pie y luego tratemos de dialogar sobre lo que se hace, intentando poco a poco que todo lo encaminemos según el plan de Dios y su estilo. Mientras no vayamos en esa dirección las comunidades activas de las sectas serían un mal menor que Dios permite para llamarnos a conversión.

Nuestra tentación es no encarar esos retos y tratar de resolver con el poder del orden establecido un problema, el de las sectas, que sentimos como competencia y no como estímulo para entrar más decididamente por los caminos de Dios.